

# JOSE VEROCAY

(1876-1927)

Julio Speroni Vener

“Me gustó la anatomía y me dediqué a ella. Como entiendo que los hombres, para ser eficaces, deben dedicarse a pocas cosas, me dediqué absolutamente a la materia que me gustó”. Con estas palabras definió Verocay su irrevocable vocación por la anatomía patológica que habría de encumbrarlo en esta disciplina.

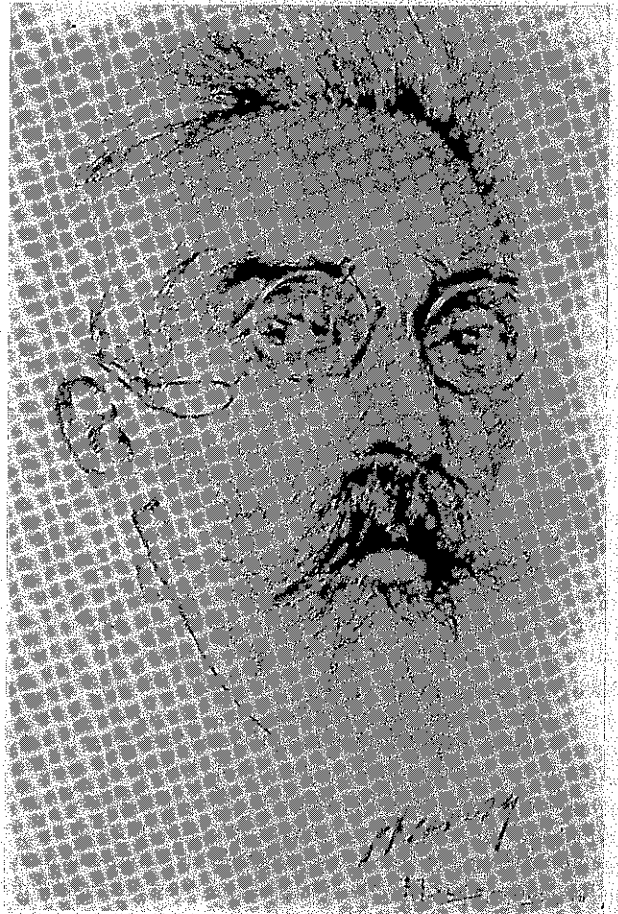
José Verocay nació en la ciudad de Paysandú el 16 de junio de 1876. Desde niño alternaba sus primeras letras con trabajos manuales, en los que demostraba suma habilidad. Este hecho parecería predeterminar al futuro anatomista y prosector, al que se conjugaban también factores hereditarios, ya que sus ascendientes eran escultores en madera.

A los 11 años de edad su padre lo llevó a Cortina D'Ampezzo, villa del Tirol, donde quedó al cuidado de su tío Fortunato Verocay, cura de la parroquia, versado en lenguas, quien le enseñó italiano, alemán y latín. Continuó luego sus estudios en Trento, donde cursó ocho años de *Gimnasio*, equivalente a nuestra enseñanza media y preparatoria. Adquirió ahí su cultura humanística en los textos griegos y latinos, rindiendo sus exámenes de *Maturité* (bachillerato), en 1897.

Razones forzosas determinan que cambien de lugar sus estudios. Italia poseía dispersos sus centros de enseñanza superior; Austria, por otra parte, reunía sus Facultades en determinadas Universidades. En Praga, precisamente, se asentaba la antigua Universidad alemana de Carlos Ferdinando, y hacia ahí se encamina el joven Verocay, ingresando en este mismo año de 1897, a su Facultad de Medicina. Existe, empero, la dificultad para nuestro aspirante de que sólo posee del alemán los rudimentos que le transmitiera, años atrás, su tío; pero salva pronto este inconveniente aprendiendo el idioma en los textos de anatomía, “con diccionario y gramática en la mano”, conforme a sus propias palabras.

Carácter y aplicación constituyen su norte. Ahí, en la milenaria Universidad, Verocay, orientado en la

anatomía patológica adquiere su formación. Nutrida de la tradición de Rokitansky, asimilando la evolución operada por Virchow, la escuela de Praga era en esa época quizá la mejor dotada. Verocay ingresa como alumno de Hans Chiari -calificado como el primer patólogo de Austria- entonces Director y Profesor Titular del Instituto de Anatomía Patológica de aquella Universidad. El magisterio de Chiari fue decisivo en la carrera de nuestro compatriota.



Prof. Dr. José Verocay

Discípulo aventajado, fue nombrado, en 1902, Primer Demonstrator -Subayudante- del Instituto. En 1904 recibía en aquella Facultad el grado de *Doctor medicinae universae*. No obstante el doctorado, continúa como Tercer Ayudante de Chiari, pasando, sucesivamente a Segundo y Primer Ayudante, participando en la enseñanza con el catedrático.

Pero esta intensa vida científica y las posibilidades que se le ofrecían, no alejaron nunca de él la nostalgia de su país; siempre estuvo en su ánimo poner sus conocimientos al servicio de su patria.

En 1906, al crearse en la Facultad de Medicina de Montevideo el Instituto de Anatomía Patológica, presentábase a Verocay esta oportunidad. Encontrándose en su país en uso de licencia, se le promete, por las autoridades universitarias, la dirección y cátedra del nuevo instituto.

Resuelve entonces volver a Praga para cancelar sus compromisos con aquella Universidad. Aquí, al noticiarse de que existían dificultades para su nombramiento en Montevideo, retira la renuncia que había presentado a su llegada, continuando como Primer Asistente en el Instituto de Anatomía Patológica. En ausencia del profesor titular Chiari ocupa ahora la jefatura del Instituto. Rehusa, sin embargo, el cargo de Profesor Suplente que se le ofrece, en espera de la respuesta de las autoridades universitarias de su país. De haber aceptado, habría llegado, seguramente, al cargo de profesor titular. "Para tener título y carácter de Profesor titular -escribe al Decano doctor Navarro- tendría que renunciar a la calidad de súbdito uruguayo haciéndome austríaco... y esto, como Oriental, no pienso de veras."

El silencio, que no puede explicarse, de la Universidad de su país, crea una alternativa dramática en su carrera médica, que se evidencia en la correspondencia de esa época. Incertidumbre, planes sin concreción; esperanzas y dudas; propósitos de perfeccionamiento y nostalgia de su patria; aparente dualidad, en la que pronto ha de decidir su inalienable vocación de investigador.

La respuesta de Montevideo nunca llegó. En marzo 1907, sin que mediara, siquiera, una contestación negativa a nuestro compatriota, se había provisto la dirección y cátedra del Instituto de Anatomía Patológica.

Empero, pese a todas las dificultades, triunfa una vez más su vocación. En carta a su hermano, datada en 22 de enero de 1908, escribe: "Estoy aquí haciendo otro trabajo sobre los nervios, con la base del que acabó de hacer -referíase al que terminaba de concluir sobre el origen de ciertos tumores nerviosos- no sé si me saldrá algo, pero si llego a demostrar lo que

pienso, será verdaderamente algo hermoso y mi nombre quedará vivo en la patología para siempre".

Negado un puesto de trabajo en su patria, Verocay continuó su labor científica en el Instituto de Anatomía Patológica de Praga, ahora como Primer Ayudante del profesor Richard Kretz, y más tarde de Anton Ghon, que sucedieron a Chiari en la cátedra.

Allí, desde estudiante, vivió Verocay su juventud y su madurez científica; en ese mundo de ideas de los grandes hombres de la ciencia -como anota Kurt Schern- se formó en él el concepto ejemplar de las tareas y de los fines de la medicina. De allí salieron grandes valores, entre ellos un hijo del Uruguay, "el doctor Verocay de Praga", nombrado así por sus colegas patólogos.

El sabio uruguayo trabaja con tesón ejemplar, sin cesuras en su atarear. En prolijas investigaciones, en labor paciente y sagaz, propone nuevas causales; ahonda en los oscuros problemas de la anatomía patológica; aclara, mediante aportes originales, la etiología de ciertas enfermedades iluminando difíciles casos clínicos. Parecía poseer el don de la autopsia, y era admirable en él la rapidez y precisión en el diagnóstico, aun macroscópico, de los cortes que se le presentaban. Su maestría en la técnica necrópsica hace decir a Chiari: "No hay otro prosector igual".

Es ahí donde desarrolla su medular trabajo sobre patología nerviosa -que estudia originariamente en 1907-, al describir la estructura y génesis celulares de los tumores característicos de la enfermedad de Recklinghausen, que denomina, teniendo en cuenta su origen, neurinomas. El mismo Chiari lo califica como el trabajo más importante realizado en el Instituto en los últimos diez años, y su trascendencia científica lo incorpora a la literatura de los tumores nerviosos con la denominación de "Neurinoma de Verocay".

En 1910 publica su *Zur Kenntnis der "Neurofibrome"*, utilizando para esta investigación métodos de histopatología más perfectos, que permiten una mejor interpretación del tumor, aclarando definitivamente su naturaleza histológica. Su contribución a la patología promueve la atención de los centros médicos y aureola su nombre de prestigio; tratadistas eminentes citan sus trabajos; entre otros, patólogos y neurólogos como Rabl, Aschoff, Kaufmann, Cushing, Ghon, Claude, por nombrar a algunos. La cita de su tesis es referencia obligada cuando se trata la enfermedad de Recklinghausen y sería justicia denominar a esta afección Enfermedad de Recklinghausen-Verocay.

Prosigue, asimismo, su labor docente en cursos semestrales. Y es entonces cuando en 1911 se le

ZUR KENNTNIS  
DER  
„NEUROFIBROME“.

VON  
DR. JOSÉ VEROCAJ,  
EHEM. 1. ASSISTENT AM INSTITUT.

MIT 2 TAFELN UND 4 FIGUREN IM TEXT.

Sonderdruck aus  
„Beiträge zur pathologischen Anatomie und zur allgemeinen Pathologie“  
begründet von Professor Dr. Ernst Ziegler. Band XLVIII.



VERLAG VON GUSTAV FISCHER IN JENA  
1910.

Portada de Zur Kenntnis der "Neurofibrome", tesis de Verocaj que incorpora su nombre perennemente a la literatura de los tumores del sistema nervioso.

acuerda, por excepción, por ser extranjero, el título de *Privat Dozent*, cargo inmediatamente anterior al de *Catedrático*, que lo habilita para dictar cursos especiales en la Facultad, con independencia del titular en la materia. Este cargo lo obtiene luego de llenar rígidas exigencias legales. Verocaj era el primer extranjero a quien la Universidad honraba con este cargo, como lo destacaban los diarios de Praga. Pudo también llegar allí a la alta cátedra, pero se le exigía la condición, inadmisibles para él, de renunciar a la ciudadanía oriental. No acepta, por ello, el cargo de Profesor Extraordinario al que es propuesto en 1914. Es que él prefiere -como bien dice Colinet- servir al Uruguay y a su Facultad, meta que nuestra incomprensión no le dejó alcanzar.

Transcurre 1914 y la Gran Guerra se extiende por Europa. Verocaj es llamado a Viena. Como extranjero puede permanecer ajeno al conflicto, pero razones de humanidad, acaso móviles científicos, deciden su ingreso a la Sanidad Militar del Ejército austríaco, con el grado de Coronel. Se le destina al Hospital de guerra para enfermedades infecciosas, en calidad de Prosector. En este cargo trabaja intensamente; al

hospital, que contaba con 2.400 camas, llegaban enfermos de todos los frentes de guerra del Imperio. Verocaj, como disector y bacteriólogo, tenía a su cargo la totalidad de los exámenes; realiza así un número considerable de autopsias, utilizando este material para investigar las lesiones anatómicas del pulmón producidas por los agentes infecciosos. Sus preparados -que suman varios miles- le permitirán luego iniciar importantes estudios sobre la histopatología de la gripe, que al finalizar la guerra comenzaba su fatal brote y propagación pandémica. Finalizada la guerra, en 1918 se le distingue con la placa honorífica de Oficial de la Cruz Roja.

Circunstancias diversas deciden su regreso al país. La situación creada por el desmembramiento de la monarquía austrohúngara tornaba difícil su permanencia en Viena, habiendo perdido por la desvalorización de la moneda sus escasos ahorros en coronas. Es así que en 1919 renuncia al cargo de Prosector, dejando Viena a fines de este año.

Ya en su patria, radica en la estancia de sus familiares, en el departamento de Río Negro. Atiende el establecimiento de campo, y se pone al frente de la casa de comercio de su extinto hermano. El científico que jamás se había ocupado de estos quehaceres, lo hacía ahora con la seguridad y el tino de comerciante avezado. Es que todo en él lo animaba el soplo de una voluntad tenaz.

Encuentra allí la oportunidad de ejercer la medicina, sin interés pecuniario. Asiste a los enfermos indigentes del lugar, a quienes proporciona, además, los medicamentos, y muchas veces dinero para su sustento. En su bondad y ética profesional, acude solícito al llamado del paciente.

Y el prosector está también ahí presente; acompaña todas las faenas, retirando las vísceras que presentan alguna alteración histológica para hacer su disección en un laboratorio que se le improvisa en un galpón de la estancia.

En 1º de diciembre de 1920 Verocaj contrajo nupcias en Paysandú con doña Carlota Rühr, a quien conociera en Viena, y al año siguiente radicaron en Montevideo. De este matrimonio nacieron cuatro hijos.

El sabio compatriota volvía al Uruguay un cuarto de siglo más tarde, con un inestimable caudal científico, precedido de un renombre universal. Regresaba pobre, por su misma abnegación científica, y porque había rechazado en el extranjero altos y bien rentados cargos para no perder su ciudadanía de origen. Podría ahora recomenzar su labor, dimensionar en su país los límites de la anatomía patológica. Infortunadamente, no pudo ser útil a la ciencia médica de su

patria en la medida de su saber y en el alcance de sus propósitos. Circunstancias adversas, como un signo fatalista, van a frustrar una vez más sus afanes.

Radicado en Montevideo en 1921, su obra fue forzosamente limitada. Hecho comprensible, ya que en esa época estaba aún poco desarrollado el método anatómico en el estudio de los enfermos, por carencia de médicos formados en patología. Este debía de ser el aporte de Verocay, que no se supo aprovechar al no reconocerse que la base de la ciencia médica se inicia en el conocimiento anatómico. Los infortunios del compatriota en sus futuras gestiones ante nuestra Facultad no son más -amén de otras razones menos ortodoxas- que la constante de aquel concepto en la metodología médica.

Se le designa en la Sanidad Militar, con el cometido de organizar el laboratorio de anatomía patológica en el Hospital Militar Central. Integrado este laboratorio con todas las clínicas de este centro asistencial, Verocay establece la autopsia sistemática de los enfermos fallecidos, con el relato anatómico; el diagnóstico biopsico, así como el preoperatorio de las lesiones que lo requerían, facilitando de este modo la diagnosis precisa para la conducta operatoria. Con el poco material necróptico de que podía disponer, continúa sus investigaciones y va formando el museo del Hospital. Sin ajuste a horarios, era frecuente verlo salir, para almorzar, pasadas las tres o cuatro horas del mediodía.

Interesándose por la enseñanza, finalizando 1921, obtuvo autorización de la Facultad de Medicina para dictar un curso libre de anatomía patológica, que no pudo concretarse por haberse omitido el aviso de práctica a los estudiantes, malográndose así su labor docente. En los últimos años de su permanencia en Montevideo forma parte en mesas de exámenes e integra tribunales de calificación. Y a él se recurre, como autoridad indiscutida, en la duda diagnóstica y aun "después de saber que es de Paysandú y no de Praga", como señala un diario de la época.

Entre tanto, parte de la opinión médica nacional, y en particular los estudiantes, fueron tomando conciencia de esta pertinencia de renovar los conocimientos médicos y su metodología en las enseñanzas de un investigador formado en los centros de más prestigio en Europa. Pero había prisa en dotar al Maestro de los medios necesarios para ello. No muy lejos, ya venían hacia él el abatimiento, la frustración de sus esperanzas.

Una nueva oportunidad para ocupar un puesto de trabajo donde pudiera ofrecer la suma de sus conocimientos -y le asegurara también, *aurea mediocritas*,

lo suficiente para vivir con su familia- se le presentó en 1924 cuando la Facultad de Medicina llamó a aspiraciones para proveer la dirección y cátedra vacante del Instituto de Anatomía Patológica. Volvía, a distancia, la ocasión de servir a su patria, y se sentía presto para ello. En su ingenuidad, no contaba, seguramente, que los intereses menores, los celos inconfesables, andaban entre las bambalinas.

Consciente de su capacitación, acorde a sus derechos, Verocay concursa, presentando, junto a sus títulos y relación de méritos, quince trabajos aparecidos entre los años 1905 y 1920, acompañados de los apartados de la obra o revista donde se publicaron originariamente. Su ejecutoria científica; su formación al lado de grandes maestros; su labor docente; sus investigaciones y trabajos originales, acreditados en la literatura médica universal ¿no eran, acaso, títulos suficientes, la cabal demostración de sus conocimientos y aptitudes para el cargo?

No obstante ello, el fallo del tribunal que debía informar de los méritos de los aspirantes -confirmado de prisa por el Consejo Directivo de la Facultad- fue adverso al doctor Verocay, a quien, sin menoscabo de sus merecimientos científicos, se le consideró, ¡desdichado argumento!, "con poca obra realizada en el Uruguay", como si la ciencia tuviera fronteras. Conclusión aviesa, que quitaba al sabio, otra vez, un lugar de trabajo en su patria. ¿Celos en la profesión, causa de resquemores personales? ¿Juego mezquino de intereses? ¿O, elevando la mira, rivalidad de escuelas y principios? Nada de ello es descartable. El dictamen del tribunal y la resolución confirmatoria del Consejo Directivo de la Facultad provocó reacciones en los círculos médicos y estudiantiles que vieron en ello el extrañamiento del Maestro.

Detrás de vastas esperanzas que se disipan en el tiempo, llegan la enfermedad y el abatimiento. El asma y un corazón enfermo del que padece, agravado por su incesante fumar, contribuyen a su decaer físico; la injusticia de que es objeto, pesa como una lápida en su ánimo. Su quebrantada salud hace necesario, a breve plazo, un viaje a Europa y decide ir a Viena para consultar a cardiólogos de su amistad. Obtiene licencia del Hospital Militar, y en agosto de 1927 el Consejo Nacional de Administración le acuerda un viático para perfeccionamiento de sus estudios en el exterior. "Cuando regrese este compatriota -se expresa en el seno del Consejo- esperamos se le confíe un cargo en los institutos científicos del país, acorde con sus vastos conocimientos y valiosa especialización". Pero el sabio ya no volverá a su patria. Días antes de partir, sin ninguna duda de la naturaleza e inexorable avance de su mal, decía a sus amigos: "No, el destino no quiere que vuelva a mi patria; moriré allá". "Lamento alejarme del Uruguay -agrega- sin haber realizado la obra que me proponía; no he podi-

do ofrendarle al país, en la medida que hubiera deseado, mis conocimientos y mi energía espiritual”.

Pero la justicia termina por imponerse. Frente a la postergación oficial, abrióse otra instancia: el veredicto de la juventud universitaria, que lo rodeó en un acto de legítima consagración. Con el propicio de centros estudiantiles y profesionales, en vísperas de su viaje, el 24 de agosto de 1927 se le tributó en la Facultad de Medicina -la misma casa de estudios que se había cerrado a sus aspiraciones- un homenaje calificado de apoteósico por los diarios de la época. Verocay respondió al homenaje con sentidas frases, sin asomo de reproches para quienes lo condenaron al extrañamiento en su propia tierra, al ocaso prematuro de su carrera científica, finalizando su discurso con una exhortación a la juventud que le acompañaba, señalándole los derroteros de su actuación.

Dos días después, el 26 de agosto, embarcó para Europa. El fervor de sus admiradores, estudiantes y profesionales, la voz de la prensa, acompañó su partida. Los últimos días en su patria le habían sido de imperecederas emociones. Partía animado por la esperanza de encontrar, en el cambio de clima, una mejoría en su precaria salud. Los Alpes, el clima benéfico de la montaña... Y el clima espiritual, su de-

rrotero científico: Praga, Viena, Berlín, las ciudades amigas que vieron sus esfuerzos y su triunfo.

El viaje por mar lo reanimó en alguna medida, pero al llegar a Hamburgo empeoró su estado. Recorrió en Europa varias clínicas, sin mejoría en su salud. La vida del sabio se extinguió en Eichwald, distrito de Teplitz, en Bohemia, en la Navidad de 1927, cuando contaba 51 años de edad. Sus restos, repatriados por ley de 10 de octubre de 1928, descansan en la tierra que tanto amó, en el Panteón Servidores de la Patria, en el cementerio del Buceo. El país reconocía así -como lo decimos en nuestra semblanza del Maestro- los merecimientos relevantes del patólogo coterráneo que hubiera dado honra a cualquier Facultad de Medicina. Pero lo hizo, infortunadamente, ya demasiado tarde, perdiéndose entonces la ocasión de contar con los conocimientos de una escuela de patología desarrollada por los más esclarecidos investigadores de la ciencia médica europea, y transmitidos por uno de sus hijos preclaros que durante más de dos decenios formóse en esa disciplina, haciéndose acreedor a la palma científica por sus aptitudes de excepción, su capacidad y su laboriosidad sin pausas, que fructificaron en sus investigaciones originales y en los dictados de la cátedra.